

Sobre los amuletos protectores en Japón

Fernando Cid Lucas

AEO. Universidad Autónoma de Madrid

Japón no es pueblo religioso, Japón es pueblo tremendamente espiritual y, no sabría que adjetivo colocar primero, también muy supersticioso. Después de esta aseveración que habrá cortado la respiración a algunos, déjeme el lector justificar lo dicho. En efecto, lo que la mayoría de los japoneses de hoy en día no posee es una fe honda e inamovible. La fe japonesa se constituye con elementos budistas, shintoístas, confucianistas e, incluso, cristianos en tiempos más recientes, en una “compleja” amalgama de sentimientos religiosos que son completamente móviles e “intercambiables”. Lo de las comillas en la palabra compleja va para el foráneo que intenta desmenuzar el tanto por ciento que cada fe tiene en el corazón del creyente, y no para el japonés, al que le puede quitar el sueño cuántos vagos de sal componen una pizza, pero no con qué medidas se estructuran sus creencias religiosas¹.

El japonés medio, de entre 30-40 años hoy, no es en absoluto excluyente en lo que a la religión se refiere, no se plantea idear un sustrato teogónico y mucho menos cosmogónico. A su concepción personal de todas estas manifestaciones superiores puede sumar y restar elementos sin que nadie perteneciente al estamento religioso le aperece o le censure. En este sentido, al japonés, a quien se le ha querido ver tan constreñido en la sociedad que le alberga, al que no se le permite un ápice de originalidad o de diferenciación en su día a día (tal vez sea más correcto decir “de cara al público”), sí se le permite ser todo lo original y personal que desee en cuanto a sus creencias

religiosas se refiere, lo que en algunos países resultaría abominable y hasta condenable. Y esto sí se confiesa y se habla abiertamente en público. En el ámbito personal, la mayoría de mis amigos nipones no tiene problema en confesar que son budistas y shintoístas al mismo tiempo, ahora bien, cada uno de ellos tiene una fórmula propia en la que las proporciones de su sentir religioso varían. No pocas amistades me han declarado ser (o sentirse), además, cristianos, no porque conozcan a fondo la teología cristiana o los ladrillos de algún Padre de la Iglesia, sino porque a muchos de ellos les atrae el mensaje de paz y amor y la prédica hacia los más necesitados (piedad), hacia los humildes.

Dando una vuelta de tuerca a esto, otra buena amiga mía se declara cristiana cada vez que está de visita en España, y este cristianismo se marcha cuando su avión despegue hacia su país de origen, pero sin olvidar nunca su tradición budista, shintoista y, lo que es igualmente interesante, lo que queda en el poso social nipón del neoconfucianismo, moldeado y modificado por el paso de los años. Aunque muchos japoneses se sorprenderían si les colocásemos el marbete de “neoconfuciano”, para cualquiera que haya vivido entre ellos descubrirá, al poco, que es una influencia que está muy marcada en cuanto a las relaciones familiares, amistosas y académicas se refiere.

Pero, entrando en el tema que nos ocupa, los amuletos que podemos ver en la vida diaria de Japón se denominan *engimono* (palabra de raíz sánscrita arraigada en el campo

semántico de las doctrinas budistas). Aunque existan también en el ámbito del budismo, es, en gran parte, propiedad del shintoísmo. Y es algo que está extendido desde el adolescente, que exhibe ciertos amuletos colgándolos en sus mochilas y bandoleras, hasta el jubilado, que los porta en su bolsa de palos de golf o en cualquier otro pasatiempo suyo; están desde el hogar más humilde al más lujoso y moderno edificio construido en tierra nipona.

Entre los más difundidos, en muchos hogares se pueden ver los amuletos en forma de flecha adornada, con punta roma (contradicción esta que inunda multitud de parcelas de la idiosincrasia nipona), o *hamaya*. Como el resto de amuletos, se adquiere en el templo al que la familia tenga especial devoción, y está en el hogar durante un año, luego, de forma ritual, será destruido en dicho recinto sagrado y se volverá a adquirir otro *hamaya* para proteger la casa de espíritus y demonios durante otro año. Ya Basil Hall Chamberlain (1850-1935), en su lejana en el tiempo *Things Japanese*, redacta una entrada para los amuletos, escribiendo así sobre ellos:

[...] “Todo tipo de amuletos y pinturas o dibujos sagrados se venden por calderilla en los templos del país. La costumbre parece haberse iniciado con los budistas, quienes habían establecido en todo el continente, ya antes de la llegada de la religión de Shaka Muni, todo un sistema que unía la piedad popular y la superstición. Pero los monjes sintoístas han adoptado esa costumbre, y en estos duros tiempos no usan de cualquier método para ganarse un honrado céntimo.”[...]²

Aclaremos que el amuleto no hace sentir al japonés más seguro, pero sí que, al menos, de

sucedarle algo, no será por no tener cerca de sí el talismán apropiado. Dentro de este pensamiento mágico, vemos que el japonés vuelve a ser muy coherente. En el contacto diario con ellos he podido darme cuenta de que el japonés prefiere evitar problemas (de cualquier índole), por lo que, todo aquello, aunque sea de forma atávica, que les sea útil para traer la calma en su día a día será bienvenido.

Llevando este asunto hasta pagos más mundanos, ver los tenderetes montados en los alrededores de los templos budistas y shintoístas en Japón es ver un pujante negocio, en el que los respetuosos clientes esperan su turno en la cola para poder satisfacer sus anhelos de bonanza y prosperidad en el hogar o en el trabajo, que se ofrecen por cantidades módicas, que van desde los 300 yenes y pueden dispararse hasta los 1500 o 2000, dependiendo del objeto mágico a comprar.

Observado desde fuera, y de manera un poco hipócrita, parecería una protección materialista para el individuo, como si nosotros, occidentales, no la anhelásemos. Uno de quienes mejor conoce la cultura japonesa (especialmente en su ámbito religioso y espiritual), el profesor Federico Lanzaco, ha dicho a este respecto: [...] “es un hecho comprobado que el comportamiento del pueblo japonés, en general, con respecto a la religión no viene motivado, principalmente, por la creencia de ciertas verdades o dogmas, ni por el interés en obtener la «salvación eterna» en la otra orilla (otro mundo más allá de la muerte), sino por la obtención de bienes (salud, dinero, amor, éxito...) y ausencia de males (enfermedades, accidentes, fracasos...), todos ellos del orden material del bienestar en este mundo.”[...]³ Esta protección que podríamos denominar

“clásica” o “básica”, se ha visto implementada ante nuevas realidades. Por ejemplo, uno puede ver amuletos que prevengan a su portador de virus informáticos, o que bendicen coches y otros medios de transporte para que los libren de accidentes; y lo mismo sucede con pequeños fetiches que penden de teléfonos móviles y tabletas y que persiguen este mismo fin.

El amuleto es, digámoslos de una manera que admite muchos matices, una bisagra entre el mundo de los mortales y el de los *kami*, una forma de estar más cerca de ellos. Aunque larga, merece la pena traer aquí la cita de Daniel C. Holtom: [...] “El amuleto privado que se consigue en el Gran Santuario del Monte Tsukuba, en la prefectura de Ibaraki, donde el antiguo padre Cielo y la madre Tierra son adorados, consiste en una carpeta de papel blanco de dos pulgadas y cuarto de largo y una pulgada y medio de ancho, marcada por fuera con el sello del santuario y con el nombre del santuario estampado, junto con una leyenda que especifica el carácter especial del amuleto. Dentro hay una pizca de tela de seda, que en algún momento formó parte de un rollo grande de seda ofrecido a las divinidades en los altares del santuario y que, según la creencia popular, envolvió anteriormente a los propios *kami*. El propietario del amuleto es portador, pues, de los vestidos de los dioses.”[...]⁴

Del mismo modo, a estos amuletos que se pueden encontrar (y adquirir) en los templos, hay que sumar también los fabricados en las mismas casas de los japoneses, que se han elaborado desde tiempo inmemorial algunos de ellos. También he podido comprobar cómo algunos japoneses coleccionan amuletos de diferentes templos del país, para esta práctica se prefieren los *omamori*, dotado el vocablo

de la partícula honorífica *o-* (*omamori*)⁵, y que son saquitos de tela de diferentes colores, bordados con hilos dorados o plateados y con una admonición en su interior que no debe ver la luz; o las tablillas *ema*, en las que se escribe en su reverso la petición del fiel para que la divinidad tenga a bien el cumplirla.

Como digo, es tal la variedad de amuletos en Japón que muchos son los extranjeros (el que escribe estas líneas es uno de ellos) que comienzan, sin saber muy bien cómo, tal vez por lo candoroso o por lo naif de muchos de ellos, a coleccionarlos y a mostrarlos en cuanto tiene ocasión. Están las ondras figuras del monje Daruma, que se compran, se pide un deseo y se le colorea la pupila de uno de sus ojos en blanco y al que le pondremos la otra una vez se nos haya cumplido nuestra petición; están los graciosos gatos (de muchos tamaños y materiales) que adornan los hogares nipones, las efigies de Tanuki, una especie de mapache sinvergüenza aficionado a tomar *saké* y a comer con glotonería, que, por lo general, está en las puertas de entrada, recibiendo al visitante con una divertida sonrisa y, en ocasiones, tocado con el sombrero de paja típico de los peregrinos. Ofuda, el famoso gato con su pata levantada o *maneki-neko*, con multitud de variantes, asociado al éxito en los juegos de azar, con origen en Japón pero difundido también en China; de este mismo país provienen los *shichifukujin*, o siete dioses de la suerte, de los que tan sólo Ebisu es oriundo del País del Sol Naciente y en los que se ejemplifica la mistificación de creencias en Japón, al reunirse en el grupo deidades chinas, indias y niponas. Un lugar en el que podemos ver amontonados estos amuletos son las tiendas que venden arroz, lugares importantes para la sociedad

japonesa desde antiguo y que, aún hoy, en las pequeñas poblaciones, guardan algo de mágico o de atmosfera especial en su interior.

Lo recogido en estas páginas es sólo una muestra mínima. Cada región tiene amuletos propios. Es, más allá de la obtención de resultados, un hermoso patrimonio antropológico digno de conservarse y difundirse.

Bibliografía

FALERO, Alfonso (coord.), *Aproximación al Shintoísmo*, Salamanca, Amarú, 2007.
 LITTLETON, C. Scott, *Understanding Shinto*, London, Duncan Baird, 2002.
 ONO, Sokyō, *Sintoísmo, el camino de los dioses*, Gijón, Satori, 2007.
 READER, Ian, *Shinto*, London, Global Books, 2007.

Notas:

- 1 Para ahondar en este asunto, y aunque carga ya con algunos años, recomiendo la lectura del esclarecedor trabajo de BASA-B E , F e r n a n d o , S . J a p a n e s e *Religious Attitudes*, NewYork, Maryknoll, 1972.
- 2 CHAMBERLAIN, Basil Hall, *Cosas de Japón*, Gijón, Satori, 2014, p.51.
- 3 LANZACO, Federico, *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, p.32.
- 4 HOLTOM, Daniel C., *Un estudio sobre el Shintō moderno*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 180.
- 5 Véase: CID LUCAS, “Sobre las partículas honoríficas del japonés”, *Miscelánea Nipónica*, Cáceres, El Buscón, 2008, pp.53-55.



Amuleto del tipo ema, procedente de un templo de Kioto.
 (Foto: Fernando Cid Lucas)